



## Arrecife, el reto de una ciudad

*Ciudadanos por Arrecife*

Explicar algunas de las últimas polémicas de nuestra ciudad, como la situación del Gran Hotel, los planes del Ayuntamiento sobre el antiguo Parador de Turismo o los vertidos contaminantes en el litoral, se ha convertido en una difícil tarea, si no se tienen en cuenta algunas cuestiones de mayor fondo. De la avalancha inmigratoria del pasado reciente, de la especulación, de la incapacidad del gobierno municipal o de la carencia de un proyecto global para la ciudad parece desprenderse la situación actual.

Creemos oportuno comenzar a hacernos preguntas acerca del porqué de los problemas que afectan a la ciudad y concentrar los esfuerzos en reflexionar y poner en común lo que nos une en el proceso de construcción de una ciudad mejor. Entendemos que la ciudad es el lugar de los individuos y colectivos sujetos a derechos y deberes políticos y sociales, los cuales intervienen ejecutándolos en el gobierno de la propia ciudad. Los ciudadanos son un colectivo político, entendiendo por ello, en su estado puro, la intervención en los asuntos de todos. Otra cosa es hacerlo partidistamente, que no es el caso de Ciudadanos por Arrecife.

La ciudad crece en orden a las necesidades económicas, laborales, culturales y de otro tipo. Pero también puede crecer en orden a una desmedida especulación que la carencia de gobierno o de buen pensar, o su complicidad, haya permitido, dejando el desarrollo y crecimiento de la ciudad en manos de unos pocos a quienes sólo les importa el lucro desmesurado, rompiendo, si fuera necesario, el

*Arrecife es hoy algo así como el gran suburbio, el barrio marginal de un espacio mayor, de superior calidad residencial, que es el resto de la Isla*

delicado equilibrio que un crecimiento ordenado y racional, sostenible, comporta.

Arrecife era un puerto aspirante a ciudad, el núcleo comercial y el centro político y administrativo en el que se desenvolvía una comunidad arcaica y cerrada, claramente estratificada socialmente. Hace 30 años, en Lanzarote se apostó por una nueva actividad económica: el turismo. Sus habitantes se afanaron en el cuidado y la mejora de la isla, dejando de lado a la capital que creció de forma desordenada y, sobre todo, muy rápidamente. No pasó mucho tiempo sin que las actividades especulativas que tenían lugar en las zonas turísticas se trasladaran y se hicieran habituales también en la ciudad. Ésta es hoy algo así como el gran suburbio, el barrio marginal de un espacio mayor, de superior calidad residencial, que es el resto de la isla.

*Nos hallamos en pleno proceso de construcción de las nuevas señas de identidad de la comunidad canaria de Lanzarote*

El rápido crecimiento de Arrecife debido a la inmigración interior se acrecentó como consecuencia de la exterior. Es verdad que, en un proceso así, es difícil prever y adelantarse al futuro para cubrir las necesidades que la población demanda en el presente. Pero también es cierto que, en general, ni a la clase política, ni al poder económico, ni a la ciudadanía, les convenía afrontar la etapa dorada entre medidas reguladoras. A todos interesó que se dejara hacer a cada cual según sus apetencias. Pocos detectaron lo que estaba sucediendo y avistaron lo que aún estaba por pasar, unos pocos que denunciaron los hechos y anunciaron lo que hoy mismo sucede en Arrecife. Lo peor, no obstante, es que la situación puede agravarse todavía mucho más.

En apenas veinte años vivimos un proceso de cambio que, en las sociedades industriales de nuestro entorno cultural, se produjo en doscientos. Lo lógico fue que nos resintiéramos, que no comprendiéramos y que no nos adaptáramos. La era del ocio provocó, a la vez, un desarraigo y una liberación. Desarraigo porque resquebrajó las señas de identidad originarias del modo de producción anterior; liberación en cuanto que nos permitió superar el atraso, la pobreza y la división clasista de la sociedad, poniéndonos en contacto con nuevos valores más liberadores. Hoy, nos hayamos en pleno proceso de construcción de las nuevas señas de identidad de la comunidad canaria de Lanzarote. Estamos en tránsito.

El desarraigo y la liberación los vivimos conflictivamente. Nuestro corazón, lo de dentro, nuestra inteligencia íntima, nos dice que el proceso de construcción de una nueva cultura de mestizaje se produce violentamente, que no acontece en un plano de igualdad, que

los nativos estamos perdiendo una batalla que debiera ser un encuentro gratificante. Así, nos resistimos a desarraigarnos, a desprendernos, a desapegarnos, de aquello que nos permite reconocernos como integrantes de una misma colectividad, aunque la liberación nos empuja en el sentido opuesto. Hay quienes tratan de detectar, en este conflicto interno entre lo que sentimos y lo que la razón nos dicta, rasgos de xenofobia.

El asentamiento de nuevas etnias y culturas en los centros urbanos de los países ricos no se manifiesta con igual intensidad que en una isla periférica, pequeña y frágil, en la que la división internacional del trabajo y el capital imponen un nuevo modelo económico que, en poco tiempo, arrasa con el modo de vida anterior. Acostumbrados al intercambio cultural, los lanzaroteños no han rechazado tradicionalmente las posibilidades de evolución individual y colectiva. Cosa distinta es la pervivencia del sentimiento *antigodo*, surgido de las propias actitudes que ante la comunidad local tenían, en general, los nacidos en la península, en un pasado no muy lejano.

En esta ciudad hubo un tiempo en que había gente que la hacía crecer ordenadamente; había lugares donde esta gente podía relacionarse; el núcleo urbano no tenía extrarradios, sino los pagos antiguos de las Arganas. Las personas se sentían de un sitio, y el orden familiar y vecinal imperaba en él. Había políticos, bueno, no eran políticos, eran gobernantes, que no parecían tener apetencias especulativas desproporcionadas, y la ciudad se mantenía en un parsimonioso crecer. Luego vino la explotación del suelo, la contaminación del proceso urbano-turístico, como ya se señaló con anterioridad. Muchos propietarios, esperando ganar más dinero con los precios futuros, vendieron sólo los terrenos alejados del casco, creando una ingente calva en el tejido urbano. Junto a ello vinieron los lugares de diversión vinculados a los espacios turísticos: las sociedades culturales y recreativas se vaciaron de la presencia de los socios y los eventos culturales se quedaron sin clientela. Mientras algunos habían descubierto que la ciudad podía crecer al ritmo de la especulación más brutal, muchos se alegraron de tener cada vez una ciudad más grande, sin tener en cuenta que se estaba logrando el total despojo y pérdida de las señas identificativas del enclave porteño, además de confundir el progreso con el crecimiento urbanístico estandarizado.

Al final de todo el proceso, un pequeño puerto con sabor a mar está siendo obligado a interpretar el rol de ciudad moderna y populosa.

*Pasan los años y los problemas siguen siendo los mismos, aunque acrecentados*

Las clases políticas y económicas dominantes no han sabido construirla. Primaron los desvaríos de los oportunistas, y comenzó el desgobierno. Pasan los años y los problemas siguen siendo los mismos, aunque acrecentados: el tráfico automovilístico y la carencia de aparcamientos, el deterioro de la marina y de sus aguas circundantes, la desaparición de los edificios que hacían de ésta una ciudad distinta, el creciente volumen de residuos sólidos urbanos, la cloaca de Puerto de Naos que sigue sin solución, la carencia de zonas verdes, la ausencia de espacios peatonales, los ruidos insostenibles, la contaminación atmosférica de Unelco y la pestilencia que emana de las conserveras, la creciente marginalidad, la falta de integración y de cohesión social, la aculturización, las barreras arquitectónicas, los centros socio-culturales cerrados y carentes de contenidos... Además, no se aborda el fondo de los problemas; sólo se atacan, y mal, en su superficie.

Por citar algunos ejemplos recientes, escuchamos que el gobierno municipal está dispuesto a permutar los 2.500 metros cuadrados, donde se asienta el edificio indecoroso del Gran Hotel, porque extrañamente no se obliga a los propietarios a adecentarlo, por una parcela en la antigua zona 12 cuyo valor les vuelve a hacer ganar mucho dinero sin mover una piedra: agiotaje puro y duro, la más salvaje especulación. Y se basa, el gobierno municipal, en los deseos de derribo del inmueble expresados por la mayoría de la población y apoyados por algunos colectivos. Nos parece inconcebible que, en todos estos años, el Ayuntamiento no haya hecho uso del poder que le confieren las leyes para obligar a que este edificio o cualquier otro presenten un estado decoroso. Recordamos que la expropiación forzosa es un mecanismo que es legítimo usar llegado el caso. Oculta el gobierno municipal que la población y los colectivos que están por el derribo también están por evitar que el municipio se quede sin patrimonio al ejecutar una permuta totalmente en contra de los bienes municipales. Se exige al Consistorio municipal que sean buenos gestores y que al negociar no dilapiden ni despilfarran el futuro del municipio. Debe recordarse que, hace menos de tres años, el inmueble fue adquirido en pública subasta por 100.100.000 ptas. Luego volvió a ser adquirido, en noviembre del 96, por 300 millones. Extrañamente, el precio, a medida que avanza el deterioro del edificio, en vez de bajar, sube. ¿Derribarlo? Bueno, pero no a cualquier precio. No al precio de comprometer o hipotecar el patrimonio de la ciudad cuando existen otras muchas necesidades prioritarias que satisfacer. Queremos recordar que la demolición del edificio o su rehabilitación no acaba con la margi-

*La demolición  
del Gran Hotel o  
su rehabilitación  
no acaba con la  
marginalidad y  
la pobreza en  
Arrecife*

nalidad y la pobreza en Arrecife. Éstas simplemente se trasladarán de lugar, a otro más oculto seguramente.

Es desgraciadamente cierto que muchas de las intervenciones del ser humano son desafortunadas en tal magnitud que manifiestamente son repudiadas y no interesan siquiera a los coetáneos. Curiosamente muchas de estas obras superan el tiempo y se cuelan de tal forma que las vemos conviviendo con nosotros, que continuamente nos quejamos de su existencia. Arrecife es una ciudad ejemplar en este apartado. Sin embargo, existen, de cara al respeto de la memoria, aciertos en la intervención humana en el medio, que hacen que los resultados de dicha acción pasen a formar parte de su Patrimonio como legado a las futuras generaciones.

Todos convenimos en la importancia paisajística del litoral arrecifeño y admirábamos un buen número de construcciones que le daban solera y arraigo (edad) al Puerto del Arrecife, pero, en relativamente poco tiempo, a dentelladas violentas, fueron desapareciendo esas señas identificativas para ser sustituidas por construcciones carentes de gracia y personalidad. En los últimos años, un mal remedo de manifestaciones y elementos arquitectónicos anteriores se ha ido imponiendo en la ciudad como una provocadora muestra del peor gusto. No habría que buscar culpables en las sucesivas intervenciones que han hecho de Arrecife una ciudad absolutamente vulgar, de cualquier geografía, sin señas que la hagan diferente y a la que le han secuestrado gran parte de su Patrimonio, borrando, por ende, la memoria de sus habitantes, único territorio común que nos une. Las atrocidades cometidas, a veces en la sana creencia del logro de mayores cotas de bienestar, han propiciado una ciudad confusa, pretendiente a embajadora de una modernidad que nunca acabó de llegar y que dejó tras de sí una estela de desconcierto, desarraigo y desamor. Sólo se ha conseguido que no entendamos el concepto de modernidad. Los adoquines se tornaron en asfalto, las nobles maderas en aluminios y contrachapados, y la esencia del viejo Puerto no se tornó en una ciudad nueva y hermosa. No gozamos, pues, de ninguna de las ventajas de la modernidad.

Debemos evitar repetir la experiencia demoledora sobre los escasos testimonios que aún permanecen. Por el contrario, debemos recuperarlos e integrarlos en el tejido urbano de modo que revaloricen una ciudad tan necesitada de espacios e intervenciones de calidad. La preservación de la bahía de Arrecife o la rehabilitación del Antiguo Parador son dos buenos ejemplos.

*Echamos de menos en nuestra clase política, gobierno y oposición, un proyecto global para la ciudad*

Sin embargo, lo que realmente pide a gritos Arrecife es una idea general de ciudad, que establezca acciones urgentes que la dignifiquen junto a proyectos a más largo plazo que le den la oportunidad de desarrollar todo su potencial.

*Arrecife necesita intervenciones que tengan en cuenta un horizonte más amplio que las citas electorales que se producen cada cuatro años*

Echamos de menos en nuestra clase política, gobierno y oposición, un proyecto global para la ciudad. Ya que se carece de él, les invitamos a pensar en las propuestas que surgen desde la sociedad civil. Arrecife necesita intervenciones que tengan en cuenta un horizonte más amplio que las citas electorales que se producen cada cuatro años. Proponemos la concertación pública y privada y un amplio consenso político y social para alcanzar un acuerdo sobre el modelo de ciudad deseable, de manera que este crucial aspecto quede fuera y al margen de las confrontaciones partidistas. La única forma de construir una ciudad vivible, medioambientalmente habitable, conceptualmente sostenible y a escala humana, pasa por evitar caer en la tentación de convertir ciertas actuaciones en un reclamo electoral. Y a eso ha quedado reducida una excelente y única oportunidad: la celebración del Bicentenario de la municipalidad.

Estamos contra nadie y a favor de todos, desde el debate abierto a la participación, riguroso y razonado, un debate sin exclusiones, en el que todos somos necesarios, mas ninguno imprescindible. Digámoslo de otra forma. Los partidos políticos son instrumentos necesarios, aunque insuficientes, para dar respuesta a los crecientes, graves y complejos problemas, a los grandes retos, que se nos plantean.

Es evidente que la ciudad se está yendo al traste, pese al lastre que están aportando los sectores más lúcidos de la ciudadanía para evitar el garete. Es evidente también quiénes son los responsables de tal mal rumbo: permítasenos a los ciudadanos asir junto a ellos la caña del timón de esta embarcación.